

Eick; hasta allí fuimos á parar; remontamos á la fuente para beber en un hilo del manantial puro y fresco de donde fluyó el inmenso río de la pintura moderna. ¡Qué divina virgen, casi fea, pero indeciblemente dulce y cándida, viendo al niño como debe verse á Dios, sentada en su nicho gótico y envuelta en su manto rojo que aún conserva su brillo sanguíneo!

Me gusta mucho Cabanel y esta escuela de lo bonito; esta es la pintura melódica que canta con el color una de esas fáciles *balatas ó serenatas* que no se olvidan. Pero aquí me encuentro un italiano, Carlo Maratto—no lo conocía yo;—firma un retrato de un Papa, protector suyo, Clemente IX, que murió de pesar como Bonifacio VIII de cólera; pues me parece que yo conocí á ese Papa desde que he visto su retrato, todo lo que piensa me lo dice con sus ojos grandes y buenos, y yo doy todos los cuadros de los señores Cabanel y Bouguereau, por este retrato colorado.

Y seguí mi excursión: mira, me dijo mi compañero. Ví el catálogo: número 280 *Retrato de un hombre*, por Rembrandt van Ryn. Alcé los ojos. . . ¡Diablo!



ARTE—¿ARTE?

CLARO es que yo sabía que era una maravilla. Los hombres de mi generación nos creamos viendo en las ilustraciones como *El Correo de Ultramar* (¿vivirá todavía este viejo y divertido amigo?) reproducciones en estampas de algunos cuadros de Rembrandt, que nos parecían, v g.: *La anunciación á los pastores*, muy extraños: feas las figuras, anacrónicos los trajes, y maravilloso ese bloque de sombra de donde surgía esa gran luz; los hombres de mi generación, ya jóvenes, leímos mucho á Taine y *Les maîtres d' autrefois* de Fromentin, y sabíamos, por supuesto, quién era Rembrandt. . . leído; yo supe algo más de este caballero, porque Valentín Ulink tenía una colección sin par de reproducciones de las agua-fuertes del artista holandés, y nos pasamos muchas mañanas dominicales oyendo misa en aquel misal divino. ¡Oh! primavera, tú la que vuelves, ¡ay! la que no vuelves. . . !

Luego he visto ediciones completas de las obras de Rembrandt excelentemente fotograbadas; y la *Lección de Anatomía* y *La ronda nocturna*, y diez ó doce retratos suyos, son para todos los

aficionados al arte, tan familiares, que basta cerrar los ojos para verlos detalladamente en blanco y negro. Yo no había visto nada, me olvidé de todo, cuando ví aquel *retrato de un hombre*; hace el efecto de una súbita descarga eléctrica; me sentí *yugulado*, quiero decir, que la impresión que sentí fué aguda y dolorosa, como si me agarrasen por la garganta y me echasen por tierra; quiero decir, que me pareció que todo lo que había admirado en aquellas salas, eran *ensayos* firmados por nombres famosos; que en aquel momento se me revelaba el arte en toda su potencia; que aquella cabeza saliente en rojo de una sombra negra hecha de átomos de luz neutralizados, llegaba al no más allá de la realidad y de la idealidad, porque aquella cabeza vivía una vida intensa en su serena indiferencia de burgomaestre cualquiera, y era claro que sólo quien tuviera facultades excepcionales, únicas, para ver la realidad hasta en sus más recónditos elementos de color y de línea, lo cual es el realismo; y sólo quien, para hacer ver á los demás lo que él veía con ojo maravillosamente conformado, por medio de la iluminación pasmosa de una mancha en la sombra, lo cual es el idealismo, lo cual es la poesía, podía producir el efecto que este hombre produce.

Fromentin dirá á ustedes cuál es el secreto de este *procedimiento*, de qué colores y de qué artificios se valía este señor para obtener tal ó cual efecto, cuáles fueron los errores y los defectos de la *Ronda nocturna* y de Yo no sé, yo no podía ver, ni discernir, ni encontrar nada. Taine mostrará á ustedes cómo este *vidente*, es decir, que veía en la naturaleza más allá de lo que los otros ven, que veía la tiniebla como los nictálopes, es el resultado de una raza, de un medio y de un momento; pero viéndolo frente á frente, no pensaréis ni en la raza, ni en el medio, ni en nada de esto; sentiréis que os traga la vista, querríais abrir desmesuradamente los ojos para ver más ó reducirlos á un punto para concentrar más la visión y descubrir vivo al artista en las profundidades de su obra, y otras tonterías de este jaez.

En verdad que no sirvo para crítico de arte, *je m'emballe* con mucha facilidad; Brunetière, un dómine de endiablado talento y

que navega siempre en mares tempestuosos, muy bien lastrado de erudición y de odios literarios (que son implacables), dice que sólo los artistas, los conocedores á fondo de la técnica, pueden juzgar una obra de arte; sí, juzgarla, ¿pero gustarla? ¡Oh! nó. Parece que el arte es algo esotérico que sólo los iniciados pueden comprender; entonces pierde sus ligas con la humanidad y resultaría estéril; además esta teoría llevaría á esta otra: sólo el artista es capaz de juzgar sus obras, porque sólo él conoce exactamente sus medios y sus fines No, señor; el arte puede revelarse á cualquiera, y con tal que *cualquiera* no signifique un excomulgado de la civilización, puede entender lo que un artista quiso decir con su *partitura* ó con su cuadro, y puede traducir el idioma del artista en su idioma propio, y eso es crítica de arte También aquí *je vais m'emballer*.

Dos ó tres retratos de hombre, uno de mujer, un paisaje vivo como si fuera también un retrato de hombre; tanta fisonomía, tanta personalidad, si puede decirse así, ha sabido comunicarle el pincel de este brujo que dicen que pintaba con cuatro quintas partes de sombra y una de luz; un cuadro místico en que la claridad materialmente fulgura y estalla y ciega; tal es Rembrandt en el museo neoyorquino. Me despedí dándole cita para Anvers; no sé si le besé la mano; allí estaba; viendo sus cuadros se siente su presencia.—Y después nada quise ver: ¿cómo tuve valor para ver y admirar á otro, á un compatriota y con temporáneo de Rembrandt, á Franz Hals? No sé; sé que es también admirable; hay allí de él, un fumador y un retrato de señora, la señora Franz Hals nada menos, que son buenamente maravillosos. La luz bajaba; solos Perico y yo vagábamos por los salones; las figuras de los cuadros salían á pasear en aquella penumbra misteriosa; nos las encontrábamos por todas partes; estaban dentro de nosotros probablemente; pero las exteriorizábamos y las veíamos discurrir ante nosotros. ¿Cómo ese mofletudo holandés retratado por Rembrandt estaba más delante de mí, que Napoleón que desde hace un siglo está en todas partes? No sé; así era.

Debíamos de tener el mismo modo de mirar admirado, pero

no sorprendido, de esta Juana d'Arc de Bastien Lepage (un gran artista muerto en flor), que vislumbra entre los árboles los espectros un poco macizos de sus santas y de S. Miguel, armado como ella quisiera verse Antes de salir de estas inolvidables galerías, después de seis horas de contemplar, de mirar, de ver y de entrever, lo que sólo en veinte ó treinta sesiones podría hacerse con fruto, nos detuvimos unos cinco minutos, los últimos, frente á un cuadrito «*estudio de una vaca*» decía el catálogo. Una purísima obra de arte.

*

Pasamos, á todo correr, por un salón de instrumentos musicales; nada notable: algunos de los que llaman con infernal osadía instrumentos musicales los viajeros que los recogen en la Oceanía ó en el Africa austral, muy curiosos; allí vimos los famosos *bobres* de Madagascar. He aquí por qué son famosos: ¿Pero habéis leído una poesía de Leconte de Lisle que se titula *Le Manchy*?

Sous un nuage frais de claire mousseline
tous les dimanches au matin
Tu venais á la ville en manchy de rotin
par les rampes de la colline. . . .

¿No? Pues no podéis saber, lectores, por qué los *bobres* merecen nuestro respeto.

Colecciones de armas; espléndidas, literalmente espléndidas. Luego pasamos por los salones de cerámica china. Sólo ellos merecen una larga visita al Museo; por sólo ver estos vasos, estos esmaltes, estos rojos, estos azules, estos verdes, que parecen turquesas y esmeraldas convertidas en pastas fluídas para teñir las porcelanas con un pincel de oro, porque todo, por sus reflejos metálicos, parece que tiene fondo de oro. La luz moribunda espejeando el vientre de un tabor color de sangre, ó marcando con rasgos de fuego las aristas de estos vasos ó las curvas indeciblemente fantásticas de las asas de estos tazones, que parecen talla-

dos en un trozo de mar cristalizado en bloque de zafiro, nos retenía, nos cautivaba; ya no queríamos salir de ahí. . . . Salimos; un gran viento frío nos saludó con un abanicazo en la cara, al pisar los umbrales del Museo. Las copas de los árboles temblaban nerviosas, llorando sus hojas de Otoño que las ráfagas arremolinaban en la escalinata blanca. El obelisco se enderezaba rubio en la transparencia tenuemente rosada del crepúsculo. . . . Tristes, sin saber por qué; silenciosos, sin saber hasta cuándo; crispada el alma con el calofrío de los deseos insaciados é insaciables, volvimos á pie á las calles grises de la ciudad.

*

La visita al Museo me había dejado neurasténico; puesto frente á frente de una langosta blanca y tierna en su envoltura nacarada de dragón mitológico, permanecí inapetente; y no eran las reminiscencias pictóricas las que me *obsediaban* (feo y antiacadémico verbo), sino los cacharros y tìbores de la chinería que acabábamos de entrever; comprendía en aquel momento cómo algunas niñas chinas que pierden á sus amantes, se consagran al amor de uno de estos vasos de esmalte rojo que parecen un ensueño auroral. Un poco de champagne glacial y seco me volvió en mí y me dió fuerzas para recorrer la Vía Apia (abundaba el apio en la mesa), que separaba la langosta del café negro; estuve á punto de encender un puro, y medio mareado sólo con ese conato, tomamos un *cab*, fuimos á un teatro cualquiera, nos aburrimos de lo lindo, y una hora después encallábamos en una casa de personajes de cera; otro museo y otro arte.

Allí están todos: exceptuando todas las celebridades mexicanas, que aun no son universales, á pesar de ser de la misma pasta que las que lo son, allí están todos; soberanos y medio soberanos, como la reina Victoria y el Emperador Guillermo y como M. Faure y el Príncipe de Gales. Algunos muy bien; algunos están hechos á propósito para ser reproducidos en cera: este joven Kaiser alemán, p. e; la rigidez del uniforme, de la actitud, van muy

bien con la inmovilidad de la estatua; á los otros quisiera uno hacerlos andar, hablar, mover los ojos; á éste no. Éste está bien así, con los ojos fijos como un sonámbulo, absorto en la contemplación de una visión interior, tragado—si pudiera decirse—tragado por su propio ensueño. Es un hombre febril, un neurótico, hijo de una apasionada del arte y de un apasionado de un ideal santo de libertad y de justicia; activo, dinámico diremos, como él solo; pero sometido á repentinos instantes de *alto* en que la actividad física se transmuta en fuga mental hacia los paraísos de la ilusión y del deseo. Este correctísimo oficial, este impecable diplomático, desempeña admirablemente un papel; en el fondo es un poeta místico que se reserva y que espera; cree en su misión de providencia social en Alemania y en la misión de Alemania en el Universo; es de la raza de los Otto III, de los Enrique el Negro, de los dos grandes Federicos del duodécimo y décimo terceros siglos, soñadores de hegemonías continentales, adoradores de su absolutismo y creyentes en el carácter religioso de sus grandiosos y efímeros señoríos. A mí me gusta mucho este Emperador Guillermo; creo que tiene algo que decir ante la historia y que espera su cuarto de hora. ¿O no, ó no tendrá nada dentro, y la enfermedad moderna de ver en todo símbolos, nos hace convertir en esfinge á un joven soldado de parada? ¡Quién sabe!

Este otro personaje sí que no es esfinge, y está, por cierto, perfectamente retratado, Cleveland, que conversa amigablemente con S. M. la Emperatriz de las Indias rodeada de su augusta y copiosa familia. Mr. Cleveland también es de una gran raza; de la de los hombres justos y buenos que fundaron la Unión Americana.

Un gran período militar y guerrero, en que sobrenadan las codicias y los apetitos de dominación y explotación de las conquistas, en este pueblo repleto de energías de incalculable potencia, traerá consigo un cesarismo más ó menos disimulado; pero seguro, y éste es quizás el secreto *desideratum* de un gran grupo de políticos de aquí; ya no preponderan los hombres que re-

chazaron la anexión de la isla de Santo Domingo; ahora los que quieren anexar el archipiélago de Hawái son los *que tienen el oído* de esta gran República. Cleveland será uno de los pocos hombres capaces de hacer escuchar los consejos de un honrado y noble amor á la libertad en un pueblo ebrio de fuerza y de gloria, y poseído de la conciencia de su misión de constituir en la tierra un *pueblo standard*—un pueblo tipo, conciencia heredada de sus fundadores puritanos.

Si no puede la nación americana con su peso romper el equilibrio del mundo político, puede llegar á hacerse temer de Europa y tener inmóvil á la América latina ante la boca de sus cañones monstruos; pero esa será la víspera del desmembramiento. Mas dejémonos de la manía de profetizar; lo cierto es que Mr. Cleveland es todo un ciudadano; nadie desprecia como él la popularidad ó la *populacheria*; nadie como él ha sabido ponerse frente á su propio partido y ha arriesgado su jefatura democrática, no por orgullo ni por capricho, sino por no faltar á lo que él cree su deber; esto se llama ser un hombre; los demás, son los títeres cómicos ó trágicos de la historia.

*

Abominables, en la más absoluta comprensión del vocablo, todos estos artistas, los Wagner, los Listz, los Verdi; y los poetas V. Hugo, A. de Musset; y los sabios y los filántropos y los. . . y todos. . . ¡oh! unas caricaturas cadavéricas en cera vieja.

Abajo, en los subterráneos, escenas de crimen y de muerte: Carlota Corday, María Atonieta, una señora despidiéndose de su hijo que van á ahorcar, un hombre matando de un hachazo á un negro que ha matado á su mujer y á su hijo dormidos. La escena, reproducida con sus detalles más minuciosos, resulta de un realismo hondamente dramático y espeluznante; y en la media luz verdosa de aquel frío sótano, siente uno impulsos de huír. Esto encanta á las señoritas que abundan siempre en esta lúgubre estación, ávidas de emociones fuertes, *diletantas* (¡qué palabrazca, mi querido Balbino!) *diletantas* puras (ó impuras). Arriba, en el

primer piso alto, un autómeta gana á todos los que juegan con él, pero gana indefectiblemente los partidos de ajedrez. ¡Me ganó á mí, que si no soy el primer ajedrecista del mundo, si he jugado ocho ó diez veces, sucumbiendo con gloria en todas ellas!

En un departamento en que se ven y no se admiran, los episodios finales de la guerra de secesión (muchos fieltros negros, muchos zapatazos y botazas empolvadas, muchas levitas azul-oscuras desabrochadas como la de Grant, ó perfectamente ceñidas bajo la barba gris, como la de Lee), un guardián dormía sentado en una banca; una familia de burgueses, de *payos*, como aquí decimos, que por primera vez visitaba el establecimiento, reunida en un conciliábulo animado, aunque en voz baja, discutía este problema: aquel guardián ¿era *un vivo* ó era un hombre de cera? cuchicheos, risas, pero nadie se atrevía á poner el cascabel al gato; de repente el guardián se despereza, bosteza ruidosamente y se queda viendo atónito á los burgueses: este es Ulises Grant, dice, mostrando la efigie del vencedor de Richmond. Carcajada general; todos creíamos que era de cera el dormido. . . . Pues bien, era de cera; así al menos me lo sostuvo uno de mis compañeros, y á mí cualquiera me hace vacilar con sólo enunciarle la proposición contraria enfáticamente. ¡Ay! sólo sé que nada sé. No era de cera.

¿Y esto es arte, Dios mío? ¿Este es arte como el de Rembrandt van Ryn? ¿Copiar la realidad es el arte puro? El muñequero autor de Cleveland y de Victoria y el retratista del Museo metropolitano, copian, reproducen pasmosamente bien; luego tienen el mismo mérito; vamos, el fotógrafo es superior al pintor; es más exacto.

El arte no copia, interpreta; lee la naturaleza el artista, y traduce su lectura con su alma, con su sentimiento, con su pasión. Ese *Retrato de Hombre* de Rembrandt, es un hombre cualquiera, pero es un hombre vivo y la vida se la comunicó como un Dios el artista, con sólo verlo, con sólo hacer pasar el alma de sus ojos pequeños, comprensivos, fulgurantes (esos ojos de Rembrandt que Rembrandt reprodujo tanto), á los ojos del hombre que re-

trataba. Y así se comprende cómo el arte, produciendo la sensación de la realidad completa, es decir, de la verdad, produce la emoción de lo bello. Rembrandt se sirve para esto de un simple procedimiento, el contraste de la sombra y de la luz; pinta, lo repetimos, con una quinta parte de luz y cuatro quintas de sombra. ¿Pero es sombra la suya? ¿O es la luz agregada á la luz, como en el fenómeno de las interferencias? No sé; pero viéndolo, devorándolo con los ojos, digámoslo así, se siente que la revelación de la vida por el arte, es el goce supremo; se siente uno con el deseo de decir á la vida como los apolíneos del gran demente Federico Nietzsche: «te amo, porque tu imagen es bella; eres digna de ser soñada.»